

por el aposento virginal en el que nadie ha entrado antes que V., ni después, ni entrará nunca más hombre alguno; por su hermosa y casta Clotilde, ángel del cielo á quien dejo para que, cual nueva Beatriz, le conduzca á V. á las puertas del paraíso, le juro que no perteneceré nunca á nadie más.

—¡Oh! es V. divina, Fernanda, exclamó Mauricio; todo lo comprende V., todo lo acierta. ¡Pero renunciar á V. para siempre! ¡es imposible!

—Esto me lo dice V. precisamente en el instante en que por la vez primera concibe, por el contrario, la posibilidad de nuestra separación.

Mauricio se calló, prueba de que Fernanda había adivinado.

—Pero, repuso éste tras un minuto de silencio, ¿va V. á renunciar al mundo?

—¿Qué entiende V. por el mundo? Si se refiere V. á esa sociedad aristocrática y culta que sirve de espejo porque en la apariencia vive como Dios manda, ya sabe usted que no puedo tomar sitio en ella; si, al contrario, apellida V. mundo á la muchedumbre entre la cual he vivido sin escrúpulo hasta lo presente, también sabe usted que no quiero continuar formando parte de ella; luego para mí no existe el mundo.

—¿Entonces abandona V. París?

—Sí.

—¿Y adónde se va V.?

—Este es mi secreto.

—¡Cómo! ¿ni siquiera me será dable saber dónde se encuentra V., el lugar donde respira, ni representarme los objetos que la rodeen?

—Comprendo este último deseo, dijo Fernanda, y para satisfacerlo le escribiré á V. una carta que contendrá todos estos pormenores. Podrá V., pues, verme de nuevo con los ojos de la imaginación hasta tanto no me haya olvidado.

—¡Oh! nunca la olvidaré á V., Fernanda, nunca.

—Bien, le creo á V., ó hago como que le creo; y ahora que todo ha concluído, adiós, Mauricio.

El joven dió un suspiro, pero sus labios se negaron á

pronunciar una palabra; sólo los ojos de ambos se encontraron, humedecidos por las lágrimas.

Fernanda, que al igual que Mauricio conoció que no podía prolongarse un segundo más aquella entrevista, se levantó, sin que éste, que dejara caer la cabeza en la almohada y los brazos sobre el lecho, intentara retenerla; luego, y con un movimiento de cabeza cruzaron un último adiós, y aquella separación, que debía ser eterna, se obró en medio de la solemne quietud de la noche y del silencio de la resignación.

## XXVI

Los sentimientos sublimes son el refugio de las almas fuertes, el consuelo de los grandes dolores. Por sí solo, el corazón confunde la tensión de la voluntad con la tranquilidad del espíritu.

Mauricio y Fernanda se habían alentado por tal modo á sí mismos colocando su pasión reciproca fuera de toda sensual influencia, que uno y otro, después de la separación, experimentaron esa placidez suave, recompensa de todo sacrificio terrenal. El enfermo permaneció con los ojos fijos en la puerta tras la que acababa de desaparecer Fernanda, cual si hubiese buscado el surco luminoso que dejan en el firmamento las estrellas errantes, que tal vez no señalan sino el paso de un ángel. Por lo que respecta á la cortesana, se encaminó con paso firme á su aposento; pero apenas hubo llegado á la mitad del corredor, cuando oyó ligero ruido de pasos y crugir de vestidos. Fernanda se detuvo, y al mismo instante que sintió la abrazaban dos personas distintas, oyó la voz de la baronesa.

—¡Gracias! ¡un millón de gracias! dijo ésta besando á la joven en ambas mejillas.

Clotilde, más tímida y más agradecida, asió una de las manos de Fernanda, y por más esfuerzos que hizo



ésta para sustraerse á la demostración, depositó en ella un beso, mientras sus labios murmuraban:

—¡Bendita sea V.!

—Y V. sea dichosa, dijo Fernanda; y ojalá la ventura que haya yo podido derramar en esta casa, me haga perdonar la turbación que involuntariamente había introducido en ella.

—Es V. un ángel, murmuraron la baronesa y Clotilde, al mismo tiempo que dejaban á Fernanda libre de continuar su camino.

La cortesana entró en su aposento, se arrodilló, y recitó la oración que le enseñaran en su infancia, sin que pensamiento mundano viniese á distraerla de su piadosa intención, de las palabras que pronunciaba, ó del sentido que debía dar á éstas. Lo sublime de las fórmulas generales, es que siempre tienden al fin evangélico, que sujetan el orgullo humano á una disciplina general, recuerdan miserias comunes á todos los hijos de un mismo padre, y prometen recompensas celestes independientes de las distinciones sociales. Todo cuanto conduce á la igualdad fraternal del cristianismo, á este punto de partida de la sociedad moderna, es de efecto saludable, sea cual fuere, por otra parte, la disposición del ánimo y la posición mundana en que uno se encuentre. Nunca nos unimos inútilmente por medio de un acto de fe al número infinito de los que sufren, creen y esperan, porque la dicha siempre debe venirnos de los demás, y el egoísmo no es sino una negación estéril, así en el concepto divino como en el humano.

Fernanda, al terminar su oración de la infancia, se levantó, como en aquellos tranquilos días de su existencia, con el espíritu libre, el alma límpida y el corazón santificado; detúvose por un instante, tendió en torno de sí una mirada suave, se sonrió melancólicamente, se envolvió en su chal, tomó su sombrero, y descendió con paso ligero al vestíbulo, donde debía aguardarla su ayuda de cámara.

—¿Ha hallado V. un carruaje? preguntó Fernanda al ver á su criado.

—Sí, señora, respondió éste; está ahí, á pocos pasos

de la quinta; pero me da vergüenza decir á V. que en lugar de una calesa ó de un cabriolé, no he podido hallar sino un abominable factón, en el que temo va á encontrarse V. muy incómoda. Sin embargo, como me ha dicho V. que á toda costa quería partir...

—Bien, bien, Germán, dijo Fernanda, ha seguido V. puntualmente mis instrucciones, y ya sabe V. cuánto me gusta que se proceda así. Nada tema pues, me hallaré á las mil maravillas.

—Y luego, repuso el ayuda de cámara, la noche está sumamente fría y V. no trae chal, ni abrigo de pieles, ni capa.

—No importa, Germán, partamos.

El tono con que Fernanda pronunció estas palabras vedaba al ayuda de cámara toda nueva observación; así es que se apresuró á tomar la delantera para guiar á su ama desde el vestíbulo al patio y desde el patio al jardín, donde encontraron á un criado de la baronesa junto á una puertecita abierta situada á muy poca distancia de la casilla del jardinero, la cual puerta daba al campo.

Al llegar al umbral de la repetida puertecilla, Fernanda percibió el popular vehículo que debía conducirla, cuyo caballo sacudía sus cascabeles, mientras el cochero se golpeaba las manos para ahuyentar el frío.

Con grande empacho de Germán, la joven se subió al carruaje, apoyó el codo en uno de los rincones del mismo, y pronto, perdida en un mar de reflexiones, olvidó los vaivenes, el ruido monótono de los cascabeles y las enérgicas excitaciones del cochero; y es que en aquel momento mismo de su vida se estaba realizando un acontecimiento demasiado grave para que reparase en semejantes pequeñeces. Por lo demás, esta labor de la mente fué tan activa y tan enérgica, que Fernanda no sólo no pensó, durante todo el trayecto, en el frío que tanto temor inspiraba á Germán, sino que se encontró á la puerta de su domicilio sin poder darse cuenta del tiempo trascurrido ni de la distancia salvada.

Fernanda mandó despertar á sus doncellas; pero en vez de acostarse hizo encender un buen fuego, cuyo calor, ayudado del que proporcionó á su cuerpo una be-



bida caliente, devolvió la elasticidad á los ateridos miembros de la joven. Luego ésta ordenó que le acercaran una mesa y le trajesen papel, pluma y tintero, y escribió una carta á su notario rogándole que se preparase á recibirla inmediatamente para un asunto de suma urgencia.

Amanecía.

Fernanda, interin su ayuda de cámara llevaba al notario la carta de su ama con orden de despertarle, tomó de entre sus trajes el más sencillo, se quitó el que traía puesto, y concluido este corto tocado, mandó á su doncella que preparase la ropa blanca necesaria para un viaje de algunas semanas.

—¡Virgen santa! exclamó con admiración la doncella, ¿tan de improviso parte V., señora?

—A las nueve, respondió la joven, deseo haber salido de París.

—Si se va V. á baños, señora, repuso la doncella, me propondré á hacerle observar que todavía no están concluidos sus trajes de verano.

—No voy á baños ni necesito traje alguno.

—¿Entonces cuenta V. pasar únicamente una ó dos semanas en el campo?

—Haga V. lo que le digo y déjese de preguntas, repuso Fernanda.

—A lo menos, señora, espero me indicará V. qué trajes y qué sombreros debo embalar.

—Le he pedido á V. la ropa blanca necesaria, y nada más; me basta con una maletilla y un saco de noche.

—Pero V. debía haberme advertido de antemano, señora, dijo la doncella con la tenacidad peculiar de todos los criados.

—¿Y por qué? preguntó Fernanda.

—Porque no tengo nada preparado para mí.

—Es que V. no me acompaña.

Al oír esta respuesta lacónica y severa, la pobre muchacha se echó á llorar; y es que á pesar de ser Fernanda fría y grave para con sus criados, éstos la adoraban, pues esencialmente era bondadosa para con ellos.

—¡Dios mío! exclamó la doncella: ¿habré tenido la desgracia de incurrir en su desagrado, señora?

—No, respondió Fernanda, conmovida por el tono doloroso con que la doncella pronunciara estas palabras; no, Luisa, al contrario, es V. buena y puntual, y le agradezco el celo y la abnegación con que me ha servido. Nada tema, no seré ingrata; mi notario le transmitirá á V. mis últimas órdenes.

—Perdóneme V. si insisto, señora, pero me parece que no puedo prescindir de preguntarla qué debo decir al señor conde cuando venga.

Fernanda se puso encendida como la púrpura; luego, recobrando su dominio sobre sí misma, respondió:

—Dígale V. que esta mañana he salido de París para siempre.

La doncella juntó las manos en actitud desesperada.

—Ahora, dijo Fernanda, forme V. un manojo con todas mis llaves y démelas.

La doncella obedeció, y después que hubo entregado el manojo á su ama, ésta le ordenó que se retirase.

Una vez á solas, Fernanda sacó de su escarcela una llavecita de plata sobredorada, se encaminó á una preciosa mesa de palo-rosa incrustada de porcelana de Sevres, y abriendo un cajón, tomó de él una bolsita de raso blanco bordada de perlas y cerrada con un broche, en la que estaban encerradas las contadas cartas que le escribiera Mauricio durante sus cortas relaciones, y se la metió en el seno; luego cerró el mencionado cajón, fuese á abrir una papelera, quemó todos los papeles que había en ella, tomó una carterita que encerraba cinco ó seis mil pesetas en billetes de banco, y se metió en el bolsillo como otras mil pesetas que en monedas de oro halló en un cajón.

Poco después uno de los criados de Fernanda anunció á ésta que su coche estaba enganchado. La joven se envolvió en una capa, descendió á la calle y dió orden de que por el camino más corto la condujesen á casa de su notario.

Al igual que médicos, hay notarios de mujeres; el de Fernanda era un elegante joven de treinta á treinta y cuatro años, cuyo estudio más parejas corría con el to-



cador de un lechuguino que no con el santuario de un legista. Era dicho notario uno de esos raros privilegiados que han adquirido su estudio sin necesidad de auxilio de una dote; de modo que habiendo tenido la dicha de permanecer soltero, había conservado el privilegio de poder ser galante con sus parroquianas. Seducido por un instante, como todo el mundo, por el hechizo invencible que rodeaba á Fernanda, en un tiempo ensayó cautivarla y aun concibió la esperanza de conseguirlo; pero advirtiendo á no tardar la inutilidad de sus tentativas, tomó por el lado alegre las calabazas que recibiera, y trasformando sus esperanzas amorosas en afecto sincero, convirtiéndose no sólo en el confidente de los intereses materiales de Fernanda, sino en su amigo.

Sin embargo de que todavía no eran las siete de la mañana, Fernanda halló, pues, en pie á su notario; el cual, puesto en zozobra por la carta que recibiera, y sobre todo por la hora insólita á que llegara ésta á sus manos, había saltado de su cama y apresurándose á ponerse en estado de recibirla.

—¿Qué significa esta visita matinal, mi querida cliente? preguntó el notario á Fernanda. Apresúrese V. á tranquilizarme, porque estoy en ascuas, sobre todo si se ha levantado V. ya; si todavía no se ha acostado, es distinto.

—Tranquílcese V., mi querido escribano, dijo Fernanda sonriendo con tristeza, aun no me he acostado.

—Entonces estoy menos intranquilo; ahora tome V. asiento y cuénteme el asunto á que debo tan grato despertar.

Y acercó á una chimenea elegantemente cubierta de terciopelo un gran sillón de henchido respaldo, colocó debajo de los pies de Fernanda una almohada de tapicería, y se sentó frente á la joven.

—Como para mí es V. más que confesor, amigo, dijo Fernanda, y me consta que no hay confesor que guarde más bien un secreto, sólo á V. puedo confiar mis proyectos. Con todo, le advierto que únicamente V. será confidente de lo que ahora voy á decir; por lo tanto, de verme descubierta, sólo V. podrá haberlo hecho.

—Ahí un introito que me sumerge de nuevo en mi

terror primitivo. Esta mañana está V. de una solemnidad pavorosa.

—Es que acabo de tomar una gran resolución, amigo mío, una resolución irrevocable; y empiezo por prevenirlo para que no intente V. siquiera combatirla.

—¿Y qué resolución es esa? ¿entra V. acaso en las Carmelitas?

—Tal se me había ocurrido al principio, respondió Fernanda sonriendo; pero ya sabe V. que soy enemiga de toda exageración. Me contento con salir de París para siempre... Ni una palabra, amigo mío, mi determinación es irrevocable. Sólo V. conocerá el lugar de mi retiro, no otro que la posesión que compró V. en mi nombre, y en la que ya determinara pasar mi vejez, como usted sabe. Anticipo algunos años una soledad prevista, y nada más; abandono París sin el más mínimo pesar. Ahora vamos á ver qué poseo; hábleme V. de mi hacienda. Le sorprende á V. mi lenguaje, ¿no es verdad? Es la primera vez que le uso con V.; pero si estoy rica quiero que conste que á V. le debo esta posición, que me permite vivir con independencia, y que por ello le estoy vivamente agradecida.

Había tanto sosiego en la actitud de Fernanda, su lenguaje era tan claro y terminante, que el notario bajó la cabeza en señal de adhesión forzosa, previendo que ante resolución tan firme no cabía observación alguna. Levantóse, pues, sin pronunciar palabra, fué á buscar la carpeta donde estaban los legajos relativos á la fortuna de su cliente, y luego, dando á su rostro una expresión grave en la cual se hubiera buscado en vano el menor asomo de galanteo, tomó la palabra en calidad de notario, de depositario de escrituras, de confidente de transacciones rentísticas, y sin ingerir observación alguna inútil en la explicación, preguntó:

—¿Conque V. quiere saber de fijo lo que posee en bienes muebles é inmuebles?

—Sí, mi querido amigo.

—Primo: la posesión adquirida á nombre de V. hace dos años, aumentada con las tierras últimamente adquiridas.



—¿Qué renta producen una y otras?  
 —Veinte mil pesetas anuales; todos los arrendamientos han sido renovados en noviembre último.

—¿Qué más?

—*Secundo*: reconocimiento de una suma de ciento cincuenta mil pesetas, prestada sobre primera hipoteca al interés legal de 5 por 100.

—¿Lo que da?

—Siete mil quinientas pesetas al año.

—¿Sabe V. que estoy realmente rica? dijo Fernanda.

—Todavía no he concluido.

—¿Cómo! ¿aun hay más?

—*Tertio*: en rentas al 3 por 100 y al 5 por 100 sobre el Estado, ocho cupones que producen en junto diez mil pesetas anuales, cuyas diez mil pesetas unidas á las veinte mil de la posesión y á las siete mil quinientas de la hipoteca, forman en total una renta de treinta y siete mil quinientas pesetas libres de toda carga y de todo impuesto. Ahí el estado exacto de su fortuna, amiga mía; ¿está V. satisfecha?

—Maravillada; sobrepuja en mucho á los cálculos que yo había echado. Ahora, amigo mío, escuche V. mis últimas instrucciones. Tome V., en este papel hallará nota de lo que quiero recibir; ya ve V. que aparte de un aposento completo, que deseo recibir en la posesión, esto es camas, cuadros, tapices, muebles, etc., no le pido á V. sino mi piano, mis cuadernos de música, mi caja de colores, mi caballete, mis estatuitas y mis esbozos.

—¿Y qué vamos á hacer de lo demás?

—Aguarde V.; ahí está la llave de mi mesita de palorosa, aquella que tanto le gustaba á V.; en el segundo cajón de ella hallará V. mis alhajas y mis diamantes, y unas y otros los venderá al joyero más honrado á quien conozca. Digo esto porque no es á mí á quien éste robará en tal caso, sino á los pobres de la parroquia, á los cuales destino el producto de esta venta.

El notario se inclinó en señal de asentimiento, y preguntó:

—¿Y los demás muebles?

—También los venderá V., pero no en pública su-

basta, sino en un solo lote, á Montbró ó á Cansberg, en casa de los cuales los adquirí casi todos. De su producto separará V. el importe de una anualidad entera para cada uno de mis criados, á quienes se lo entregará en mi nombre.

—Perfectamente. ¿Y el resto?

—El resto lo colocará V. En cuanto á mi guardarropa, sin excepción alguna, pertenece á mis doncellas. Desde ahora estoy muerta para el mundo. La mujer á quien V. conoció, continuó Fernanda al notar el movimiento de sorpresa del notario, ha cesado de vivir, pero existe otra en su lugar, que repudia todos sus pensamientos malos y hereda todos sus buenos sentimientos, y ésta, esté V. seguro de ello, no se olvidará nunca de la benevolencia con que V. la ha tratado. Ahora dígame, ¿no es menester que yo le confiera un permiso ó unos poderes para ejecutar cuanto acabo de decirle?

—Si, señora, respondió el notario; pero, continuó no pudiendo rechazar del todo la duda, como tal vez cambie V. de consejo, bueno será que aguardemos.

—¿Quiere V. que me someta á una temporada de prueba? enhorabuena, no deseo otra cosa. Deme V. en blanco los poderes esos; hoy estamos á 8 de mayo; dentro de seis semanas los recibirá V. ¿Le satisface? Ahora procúreme cinco ó seis mil pesetas en oro, y envíe, con este pasaporte, todavía no caducado, por caballos de posta, con la orden de que de paso recojan mi calesa en casa de mi maestro de coches y vengan á aguardarme á la puerta de V.

El notario se dispuso á hacer algunas objeciones sobre tan repentina marcha; pero Fernanda prosiguió, diciendo:

—En París se encuentra cuanto y cuando se quiere; hágame V., pues, el favor de dar las órdenes oportunas; ya sé que la amistad que me lleva es bastante para disculpar mi franqueza.

El notario, que dejó de hacer objeciones, se levantó, fué á encargar á su ayuda de cámara, hombre discreto é inteligente, el desempeño de todas las comisiones que Fernanda deseaba ver cumplidas, y entrando de nuevo



en su estudio, se sentó al lado de su hermosa cliente, á quien preguntó, mientras fijaba en ella una compesiva mirada:

—¿Qué ha ocurrido pues, amiga mía?

—¿Qué? repuso Fernanda, lo que debía pasar más tarde ó más temprano atendido el carácter que ya sabe usted me domina. Una emoción violenta ha dado vida en mi alma á una resolución inquebrantable. Usted no ignora que siempre me ha gustado vivir en la independencia de una vida metódica; pues bien, ha llegado la hora por mí deseada. Ayer, todavía estaba sumergida en tinieblas; pero de improviso ha brillado un relámpago, iluminando un tiempo más venturoso. Acordándome de quien era y de lo que ser debía, he tomado y llevado á cabo mi resolución sin experimentar sacudimiento alguno; y como por extraña é inesperada que ésta sea, es irrevocable, estoy tranquila, como V. ve, y aún me siento dichosa. Pues bien, si, lo que no espero, me asalta el tedio, regresaré á esta gran ciudad en demanda de las distracciones permitidas, me convertiré en hombre maduro y juicioso, ya que no debo saborear la venturanza del matrimonio ni los goces de la maternidad. Es la única determinación que me falta tomar. Ahora le ruego que no diga V. palabra respecto de este punto, pues podría suceder muy bien que hubiese un hombre asaz loco que quisiera casar conmigo; sin embargo yo seré siempre bastante prudente para no aceptar nunca una proposición semejante, pues me corresponde no olvidar que un día podrían hacer sonrojar á mis hijos recordándoles quién fué su madre.

Fernanda, al pronunciar estas palabras, buscó con su blanca y delgada mano la un poco temblorosa mano del notario, y añadió:

—Pero anímeme V. en mis buenas resoluciones; ¿no me ha oído V. sentar más de una vez esta teoría?

—Sí, respondió oquél, pero nunca he creído que la pusiese V. en práctica.

—¿Estuvo V. anoche en la Ópera? preguntó Fernanda cambiando prontamente no sólo de tema de conversación, sino de voz y de actitud; ¿qué decía la gente?

—Todos notaron la ausencia de V.

—¿De veras! ¿entonces qué van á decir mañana? nada, que he partido para Londres ó para San Petersburgo. Deje V. que hablen, amigo mío, y no se olvide de que á su probidad confío mi secreto; que digan cuanto quieran, y si un día se cansa V. de la ausencia de su antigua amiga, y los contratos de boda y los testamentos le dejan libre una semana, vaya á verme en mi ermita.

—¡Ah! Fernanda, temó que va V. á experimentar tristes decepciones.

—¡Qué quiere V.! Sea lo que fuere, no me será dable volverme atrás, porque me habré salido de París ante notario. ¡Ah! por fin se sonrío V., mi querido escribano; es V. tan á macha martillo hombre de mundo, que preveo no hallaré modo de explicarle la causa que me ha impulsado, sino diciendo desatinos. No importa, sustento bastante firmeza para tenérmelas tiesas con V.; más: como está V. soltero, y, por consiguiente, no despertaré los celos de nadie, deme de almorzar, ahí al lado del fuego; unas chuletas y vino de Champaña *frappé*.

—¡No, no, pobre dementel exclamó el notario con los ojos arrasados en lágrimas al ver aquella alegría fingida; no: en vano hace V. esfuerzos; adivino lo que no quiere decir. Su sonrisa de V. esconde una pasión muy profunda y muy desdichada; la infidelidad de un hombre á quien V. ama, un rompimiento, ¿no es verdad? Sea V. franca conmigo, se lo ruego. Usted sabe cuán su amigo soy; mis consejos partirán del corazón. Ese acento desenfadado, ese lenguaje frívolo, están tan poco en sus costumbres, que en este instante la venden. Usted quiere disimular alguna pesadumbre que le está royendo el corazón, intenta castigarse V. misma de las perfidias de un amante. Hable V., se lo ruego en nombre de nuestra antigua amistad. Tal vez pueda yo repararlo todo. Dígame V. la verdad, Fernanda, la verdad.

—La verdad, respondió la joven con ese candor grave y lleno de gracia exclusivo de ella: en todas las circunstancias de mi vida se la he dicho clara y espontáneamente. Hoy se la diría á V. también por entero si mi secreto me perteneciese á mí sola, por más que esta con-



fidencia resultase inútil desde el punto de vista que V. la considera; porque ¿qué podría V. con toda su experiencia contra esa materia impalpable á que apellidamos lo pasado? Créame V., amigo mío, soy sincera; por otra parte nada me aprovecharía el no serlo con V.; parto libre y de mi espontánea voluntad, repelida de París por la repugnancia que me inspira lo pasado y atraída por la esperanza hacia lo venidero; la buena intención conduce siempre á las buenas obras. ¿Me cree V. ahora?

—Preciso es, ya que no quiere V. decirme otra cosa.

—¿Se niega V. todavía á darme de almorzar?

El notario llamó y dió las órdenes necesarias, y diez minutos después trajeron una mesita bien provista de manjares.

Fernanda estuvo hechicera en esta última comida; no parecía sino que por una coquetería inocente, quería dejar nuevas impresiones en el ánimo de aquel que tanto la conocía.

A las nueve entró el coche en el patio, y poco después regresó el ayuda de cámara con el oro pedido. Todo aparejado, Fernanda se levantó sonriendo.

El notario, que no podía dar crédito á sus ojos, que pareciale estar soñando al ver que Fernanda tomaba su velo y su sombrero, dijo:

—¡Pero va V. á salir sola, absolutamente sola para tan largo viaje!

—Voy en busca de una nueva sociedad, repuso la joven; si la hallo, nada debe recordarme en ella la que dejo. No quiero humillar á nadie con mi arrepentimiento.

Luego añadió con gracia seductiva:

—Ea, como es quizá la última vez que nos vemos, vale la pena de que me acompañe V. hasta abajo.

El notario satisfizo los deseos de Fernanda, y una vez ésta en el coche, dijo:

—En verdad, si los vecinos no nos estuviesen contemplando desde las ventanas, me arrodillaría para besar la fimbria de su vestido, tan encantadora es V. y tanta la seguridad que me cabe de que debajo de su sencillez se esconde una grande abnegación.

—Pues bien, repuso Fernanda, en lugar de besar la fimbria de mi vestido, bésememe á mí. Aunque en el cambio pierda V. tal vez, acepte.

Y tendió la frente á aquel digno amigo, que posó en ella sus temblorosos labios.

Este acontecimiento, sencillo en la apariencia, fué una de las más grandes emociones que en su vida experimentara el notario.

—¿Por dónde salimos de París? preguntó el postillón.

—Por la barrera de Fontainebleau, respondió Fernanda.

Al ponerse en movimiento el carruaje, la joven sacó por última vez la mano por el ventanillo, y en ella imprimió un beso aquel hombre que nunca había sido más que un amigo.

Luego los caballos partieron con ese paso rápido que conservan mientras se encuentran en el interior de la población y que parece abandonan de suyo tan pronto llegan á los arrabales.

A compás que Fernanda salía de París por la barrera de Fontainebleau, el conde de Montgiroux entraba en la ciudad por la barrera del Maine. A éste no le fué posible, tal era su impaciencia, aguardar la hora prefijada, y venía á pedir á su hermosa querida cuenta de su desaparición de la quinta de Fontenay, desaparición que, por otra parte, á nadie sino á él había extrañado.

El par de Francia, al llegar á casa de Fernanda, encontró á los criados de ésta entregados á toda suerte de conjeturas, y lo único que pudo sacar en limpio fué que la doncella tenía de su ama el encargo de decirle que no la aguardase, pues había abandonado para siempre jamás la capital; desesperadora noticia á la que el conde no quería dar crédito por más que se la hizo repetir ocho ó diez veces.

Montgiroux, fuera de sí, corrió á casa de la señora de Aulnay, y le contó lo poco que sabía, preguntándole al final si ella estaba más al cabo respecto del particular. La de Aulnay se hallaba todavía más á oscuras que el conde; pero en su calidad de literata, achacó desde luego la huida á algún móvil inmoral, prometió informarse,



desnaturalizó los hechos que pudo recoger relativos á tan extraña desaparición, inventó otros para dar á ésta con sus propias ideas una ilación lógica, y al día siguiente y por espacio de otros ocho todos los ociosos del París elegante no se ocuparon, en el boulevard Torton, en el salón de descanso de la Opera y en el Jockey-Club, más que en la desaparición de la hermosa Fernanda.

En medio de la admiración general, León de Vaux y Fabián de Rieulle no fueron los que menos sorprendidos quedaron. Para ellos era evidente que la ausencia de Fernanda iba unida á los acontecimientos en que ellos desempeñaran un papel el 7 de mayo, día en que tantos hechos ocurrieron. Pero como la primera vez que volvieron á Fontenay les respondieron que Mauricio se encontraba todavía enfermo, que la esposa de éste no estaba visible y que la baronesa había salido para París, se vieron, como los demás, obligados á contentarse con lo que se decía.

La de Neuilly, al perder la esperanza de humillar á su antigua amiga haciéndole sentir la superioridad que da el haber guardado una conducta irreprochable, hizo propósito de vengarse en la esposa de Mauricio y en la baronesa; mas por desgracia para ella, esta última, con su hijo, endeble aun, y con Clotilde, radiante de dicha, reapareció pronto en la sociedad para hacer públicas sus próximas bodas con el conde de Montgiroux, bodas que se efectuaron el 7 de junio; esto es, un mes, día por día, después de la visita de Fernanda á la quinta de Fontenay.

Tres meses después y en cumplimiento de la promesa que le hiciera Fernanda, Mauricio recibió la carta siguiente, que por lo demás no podía ofrecerle dato alguno respecto de la localidad en que ella vivía, pues el sobre no llevaba timbre.

«A 10 de agosto de 1835.

«Han transcurrido tres meses desde que me separé de usted, Mauricio, y la Providencia no me ha faltado. El conde de Montgiroux ha casado con su madre de V.; á usted le han visto lleno de juventud y de salud en las

últimas carreras de caballos del campo de Marte, y si no se da todavía por completamente dichoso, Clotilde lo proclama por lo que á ella reza.

«¡Alabado sea Dios!

«Ya lo ve V., Mauricio, no vivo tan lejos de V. ni tan aislada del mundo, que le haya perdido enteramente de vista; verdad es que en medio del ruido que continúa produciendo al girar por el espacio la tierra, no presto oído sino hacia donde sé que está V.

«¡Oh! Mauricio, los acontecimientos de aquel día obedecieron á una mano paternal y misericordiosa, y en mis oraciones de la mañana y de la noche doy gracias á Dios por habernos inspirado á V. y á mí el valor de obrar como obramos.

«Ahora me toca cumplir la promesa que le hice, habiéndole de mí.

«Vivo en su secular castillo construído en tiempo de Luis XIII, según colijo, de muros rojos y cenicientos y tejados puntiagudos cubiertos de pizarras y provistos de veletas que rechinan á impulsos del viento. Llégase á la puerta principal por una espaciosa alameda de olmos de formas retorcidas y fantásticas, que, por la noche, cuando por acaso me entretengo demasiado en alguna aldea y vuelvo sola, casi me dan miedo.

«¿Le admira á V. que regrese al castillo tarde y sola? Vivo en medio de buenas gentes y me he vuelto campesina como ellas.

«Ahora sigame V.

«Al entrar en el castillo,—menester es que dé á mi morada el nombre con el cual es conocida,—así que salgo de la alameda de olmos, atravieso una gran puerta adornada con un escudo; si yo fuese inteligente en heráldica le diría á V. si el campo es de azul, de gules, de sinople ó de sable; si el león que lo adorna es yacente, pasante ó rampante; pero como soy completamente lega en la materia, me contentaré con decir que el mencionado escudo está rayado horizontalmente y que el león está derecho y blande una espada.

«Ha visto V., pues, mi puerta situada al extremo de la alameda de olmos y coronada de un escudo en cuyo



centro se ve un león armado ¿no es así? Pues bien, dicha puerta da á un anchuroso patio enlosado en otro tiempo en toda su extensión, pero en el centro del cual he hecho plantar un grupo de árboles cuyos pies todos están adornados de flores. El coche puede dar la vuelta por caminos enarenados y siguiendo setos de lilas, al bosquecillo, para detenerse delante de una escalinata compuesta de cuatro gradas y en el tramo de la cual se levantan dos leones semejantes al del escudo y, como éste, armados de sendas espadas.

»A V. le son familiares esos vestíbulos de añosos castillos, ¿no es verdad? todos de roble ennegrecido por el tiempo y de ese color subido al que no puede imitar paleta alguna.

»El vestíbulo conduce á un comedor inmenso, con baldosas blancas y negras alternadas como las casillas de un tablero de damas, y encima de los dinteles de cuyas puertas hay pintadas escenas cinegéticas, tales como la caza al jabali, al ciervo, al gamo y á las zorras. En cuanto á las paredes, están cubiertas de tapices que representan toda la historia de Moisés, y en uno de ellos, realmente de mérito, se ve al legislador del pueblo hebreo, en el momento de hacer manar agua de la peña.

»Excuso decir á V. que no como nunca en esta grandiosa pieza, en la que racionalmente no puede uno sentarse á la mesa sino en compañía de doce ó quince comensales á lo menos.

»Contiguo al comedor está un espacioso salón, estilo del rey que rabió, Luis XV, Pompadour ó como V. quiera, con sillones, canapés y cortinajes de raso encarnado recamados de blanco, representando flores, pájaros y arabescos en profusión infinita. Es el gran salón de recibimiento, y como yo no recibo á nadie, sólo lo cito por citarlo.

»Suba V. veinte escalones anchos y de bonísimo ascender, apoyándose en un robusto pasamano de hierro, y se encontrará en el piso primero: ahí habito.

»Frente á la escalera hay una gran puerta de roble que da paso á una antesala artesonada, que á su vez conduce á otra antesala que me sirve de comedor. Una mesa re-

donda, una estufa escondida en una como chimenea gótica, de dibujo mío, y casi puedo decir también modelado, unos preciosos frailes vaciados sobre los de las tumbas de los duques de Berri y colocados en sendos sustentáculos que armonizan con ellos, constituyen el mueblaje de esta piccecita, cuyas paredes están cubiertas de papel verde aterciopelado y salpicado de grandes flores.

»A la izquierda se encuentra un salón en el que están mi piano, mi arpa y mis cuadernos de música. A la derecha está mi taller de pintura, en la misma posición é igual luz que en la calle de San Nicolás, con la única diferencia que al abrir la ventana, en lugar de ver la casa de enfrente, descubro, al través del follaje del parque, una perspectiva sorprendente, y si no temiese dar á V. pormenores demasiado exactos, diría el mar y el horizonte.

»El mar, es decir lo infinito, esto es la inmensidad, lo único que da cabal idea de Dios.

»En este taller están mi caballete, mis colores, mis esbozos, mis antiguos brocados robados á los cuadros de Pablo Veronés, y mis estatuitas.

»Luego, Mauricio, escuche V. bien, en el ángulo de este taller hay una puertecita oculta, la que se abre por medio del mismo secreto que se abría la otra, y da entrada al cuartito blanco, á la celdilla virginal que V. sabe; en él se ve la misma cama, la misma muselina en las paredes, la misma lámpara de alabastro colgando del techo, los mismos adornos sobre la chimenea, y frente á mi cama el cuadro á que dí el último toque el segundo día que le ví á V., y representa á Cristo en el acto de perdonar á la Magdalena.

»El cuadro ese no ha sufrido modificación; únicamente he retocado la cabeza de la mujer arrodillada.

»Ahí todo, Mauricio. Este piso primero constituye mi mundo, mi universo, mi pasado y mi porvenir; en él se encierran mis tesoros de alegría y de dolor; todo está concentrado en él.

»Ahora que sabe V. dónde habito, contémele cómo vivo.



»Me levanto á las siete de la mañana, me echo un peinador sobre los hombros y bajo al parque; árboles, flores, pájaros, césped, sol, brisa, saludan la mañana y entonan himnos de alabanza á Dios. Posco una como capillita semejante á las que se ven en los caminos de Italia, delante de la cual me detengo y donde casi todos los días uno mi oración al himno universal.

»A las nueve me vuelvo á casa, donde en el pequeño comedor del principal me aguarda un almuerzo de frutas y lactinios.

»En almorzando, paso al salón y platico una ó dos horas con mi piano, el cual me dice cosas admirables de los grandes maestros, y yo le escucho siempre como si me hablase por la vez primera.

»A mediodía, en el momento en que refulge el sol en todo su esplendor, me traslado á mi estudio, donde me paso hasta las cuatro hablando conmigo misma; y tanto me absorbo al dar en el lienzo vida á mi fantasía, que mis criados se ven en la necesidad de avisarme que la comida me está aguardando.

»Después de comer, salgo llevándome conmigo veinte pesetas. Es mi limosna diaria, Mauricio, porque ha de saber V. que estoy rica; tan pronto la reparto en esta aldea como en la otra, y en pago de ella recojo oraciones, la mitad de las cuales se las envió á V. y á su familia.

»Luego, llegada la noche, entro de nuevo en casa por la alameda de los olmos, cuyas fantásticas y retorcidas formas me causan, como ya le he dicho á V., tantísimo miedo.

»La velada la empleo leyendo.

»Los domingos introduzco algunas variaciones en mis costumbres.

»A las once salgo del castillo y voy á oír misa en la iglesia de la aldea vecina, misa solemne acompañada de un órgano que á las veces toco yo en las grandes festividades.

»El cura se ofreció á venir á decir misa en la capilla del castillo; pero no consentí que el ministro de Dios se molestase por una pobre pecadora como yo.

»A las cuatro se abre el parque, y los campesinos vienen á danzar en él precedidos de dos músicos.

»No necesito decir que soy yo quien pago la música y los refrescos.

»Ahora que le he descrito á V. el lugar donde habito y contado la vida que llevo en él, conoce uno y otra tan bien como yo misma.

»No terminaré sin hacer un voto, el con que termino mis oraciones de la mañana y de la noche, en una palabra, el con que doy fin á esta larga carta. Sea V. dichoso, Mauricio.

»SU FERNANDA.»

XXVII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MEXICO

Tres años iban trascurridos desde que acaccieron los sucesos que dejamos narrados.

Para Fernanda los días se habian parecido uno á otro como dos gotas de agua, y con asombro de su notario, que sostenía correspondencia tirada con ella, la joven no sólo no había vuelto á poner los pies en París, sino que parecía dispuesta á seguir el plan de conducta que expusiera el día de su partida, hasta el fin de los días que Dios le tenía señalados en este mundo.

Durante dichos tres años, ningún incidente había modificado lo más mínimo la existencia que Fernanda llevaba en el secular castillo, cuando un domingo, ésta, al regresar de misa, encontró á su intendente que la estaba aguardando á la puerta con gesto visiblemente preocupado.

—¿Qué ocurre, Jaime, que le veo á V. tan despavorido? le preguntó Fernanda.

—Ocurre, señora, respondió el anciano campesino, que ha ocurrido un hecho singular durante su ausencia de V.



—¿Qué ha pasado, amigo mío? dijo la joven sonriendo.

—Podiera muy bien haberme callado, respondió Jaime; pero si he obrado mal, más vale que me regañe usted al instante; á lo menos quedaré con la conciencia tranquila.

—Me asusta V., Jaime, dijo la joven con voz suave y sospechando que no se trataba sino de una sencilla infracción de las reglas establecidas por ella para el buen régimen de la casa.

—¡Oh! señora, nada tiene de espantoso, porque era un joven muy gallardo, amigo de los señores de Savenay, los vecinos de V.

—¿Y qué más?

—Pues bien, señora, ese joven, que estaba de caza desde las siete de la mañana, á lo que parece se ha extraviado de sus compañeros y se ha encontrado á una legua del sitio para donde se habian citado. Como decia, el joven, después de mirar con grande atención la alameda de olmos, el castillo y particularmente el escudo que corona la puerta, ha preguntado á quién pertenecía la propiedad; y como usted no ha prohibido que dijese su nombre, le he respondido que pertenecía á la señora Ducoudray.

»Al oír esta palabra, el joven ha parecido conmoverse profundamente.

»—¿Acaso ha conocido V. á la señora? le he preguntado.

»—Sí, me ha respondido, y mucho, en otro tiempo.

»—Entonces siento que la señora se encuentre en misa.

»—¡Ah! ¿se encuentra en misa? ha exclamado; en la aldea vecina, ¿no es verdad?

»—Sí, señor.

»—Escucha, amigo mío, ha añadido entonces, puedes hacerme un favor del que te quedaré agradecido toda mi vida.

»—Hable V., caballero, y si en mi mano está, me complaceré en darle gusto.

»—En ausencia de la señora Ducoudray, quisiera recorrer el castillo.

»—El castillo no está de venta, señor, le he dicho entonces.

»—Ya; pero tú no puedes saber cuántos recuerdos encierra para mí.

»—¿Lo habitó V. en su infancia, por ventura?

»—No, ni siquiera he estado nunca en él; con todo me es tan familiar como si le hubiese abandonado ayer.

»—Muy singular es lo que V. dice, y dispéñeme la observación.

»—Escucha, amigo mío, me ha dicho asiéndome las manos, tengo vehementes deseos de ver este castillo, y de antemano puedo jurarte que mi visita no va á acarrearle reprensión alguna. Mira, hagamos un trato: no me dejes entrar en ningún aposento sino cuando de antemano te haya dicho que muebles encierra y qué papel le adorna.

»—Caballero, he objetado yo con gran turbación, no estoy autorizado para hacer lo que V. solicita.

»—Pero tampoco habrás recibido órdenes en contrario, ¿no es eso?

»—No, señor, he respondido.

»—Pues bien, te ruego una vez más que me complazcas. Si no estuvieses al servicio de la señora Ducoudray, te ofrecería dinero; pero sé que de nada necesitan los que la sirven.

»—Entonces, he dicho, veo que no ha mentido V. al decirme que conocía á la señora.

»—¡Es un ángel! ha exclamado.»

—Qué quiere V., señora, repuso el intendente, no podía negarme á complacer á un hombre que en tales términos hablaba de V.

—¿Luego ha consentido V.? preguntó Fernanda con acento conmovido, á pesar del dominio que ésta ejercía sobre si misma.

—Válgame Dios, señora, exclamó el intendente, ¿habré obrado mal?

—No, tranquilícese V.; cuanto le ha dicho ese joven es verdad; conoce el castillo tan bien como yo misma.

—Pronto lo he advertido, señora; pues no bien ha penetrado en él, me ha hecho la descripción de cada



apoyado antes de que yo abriese la puerta. Lo que he observado también, es que ha atravesado rápidamente el vestíbulo, el comedor y el salón de la planta baja, diciendo:

«—¡La señora Ducoudray no pasa ningún rato aquí, ¿no es verdad? Su habitación predilecta está en el principal, donde come, toca el piano y pinta.»

—Confieso á V., señora, que no las tenía todas conmigo, y que si en vez de tener veintiséis ó veintiocho años el cazador hubiese tenido sesenta, le tomo por brujo; porque ya es sabido que todos los brujos son viejos.

—Continúe V., dijo Fernanda.

—Entonces y de suyo el joven ha abierto la puerta que conduce á la escalera, y yo le he precedido para tener tiempo de abrir las demás.

»—¿No tenemos que subir veinte escalones, ha preguntado, para llegar al principal?

»—Por mi vida que no los he contado nunca, he respondido.»

Efectivamente, por primera vez los he contado, y no hay uno más ni menos. ¿No raya esto en lo milagroso, señora?

—Sí, respondió Fernanda, pero continúe V.

—Una vez en la meseta y al igual que abajo, el joven me ha hecho la descripción del comedor, del salón y del estudio. Entonces he abierto las puertas y ha entrado. Esta vez tanto más de admirar que adivinara, cuanto esos tres aposentos los hizo amueblar V. misma.

—Sí, es muy admirable, dijo Fernanda; pero prosiga usted, Jaime.

—El joven, al ver abierto el piano, se ha sentado á él y ha tocado la misma pieza que V. esta mañana. Luego ha entrado en el estudio, se ha sentado delante del caballete, ha tomado la paleta, y en el paisaje que V. ha empezado, ha pintado una capillita coronada de una cruz semejante á la del jardín. Y ahora viene lo estupendo: cuando me he creído que iba á salir, se ha levantado, se ha encaminado en derechura al ángulo del estudio, ha oprimido un resorte, y V. me perdone, pues

yo mismo ignoraba que hubiese aposento alguno, y ha abierto una puerta; pero en vez de entrar, se ha arrodillado y besado el umbral, y ha permanecido un instante de hinojos, en actitud de quien reza. Después se ha levantado, ha cerrado religiosamente la puerta, y me ha rogado que le condujese hasta la iglesia, á lo que no me he resistido, ya que no me había motivo alguno para ello. Hemos llegado en el instante preciso en que el sacerdote levantaba la Hostia Sagrada. Usted estaba arrodillada en el sitio de costumbre. El joven se ha detenido á la puerta de la iglesia, apoyado en una de las columnas y con los ojos fijos en V., á quien ha conocido, y al cabo de un instante de muda contemplación, se ha salido, ha arrancado una hoja de su cartera, y después de escribir en ella algunas palabras, me la ha entregado, diciendo:

»—Toma, da este papel á la señora Ducoudray.

»Y estrechándome la mano por última vez, ha dado la vuelta á la iglesia y ha desaparecido.»

—¿Dónde está ese papel? preguntó Fernanda.

—Ahí lo tiene V., señora, respondió el intendente.

Fernanda lo tomó con temblorosa mano, lo desdobló lentamente, levantó los ojos al cielo, luego los posó en el escrito, temerosa, al parecer, de conocer el carácter de letra, y leyó estas palabras:

«Soy dichoso.

»MAURICIO DE BARTHELE.»

Fernanda exhaló un profundo suspiro, y por las mejillas le rodaron dos lágrimas.

FIN